

“LA TORMENTA”

Maya

Algodones de azúcar enormes de los que venden en las ferias se habían hecho pasar por nubes durante cuatro días seguidos en Arenas de la Torre, donde no habría llovido más de un par de horas seguidas y tan solo esporádicamente desde principios del siglo XIX, o probablemente antes. Las nubes no eran rosas realmente, más bien un tono intermedio de gris, ni marengo ni perla; ni cemento ni acero. Ni prometían lluvia, ni la negaban, simplemente oscurecían cualquier tipo de luz, proviniese de donde proviniese.

Para Daniel eso suponía un incordio insoportable que le retenía angustiosamente en un pueblo pasado de moda antes de que la moda hubiese llegado al maldito pueblo; que le mantenía alejado de todo aquello con lo que ansiaba reencontrarse. Le habían enviado de la revista para la que trabajaba a que tomase unas fotos de la rústica aldea para la edición de Abril. El fotógrafo que en un principio había estado destinado para el trabajo se había emborrachado vergonzosamente en la fiesta de aniversario de la revista, ofendiendo a la editora groseramente y organizando tal desbarajuste que tuvieron que despedirlo. Daniel iba a Puerto Rico para una sesión de modelos en bikini que fue cancelada en el último momento debido a un inesperado desvío del huracán Genovevo, así que le pidieron que cubriera el reportaje a pesar de que estuviese muy por debajo de su nivel.

El problema eran las endiabladas nubes opacas que impedían al sol de invierno darle al pueblecito la más mínima semejanza de una Almería calurosa que invitase a visitarla, donde se anhelase pasar un rato y regalar ahorros. Además, estaba bastante fastidiado por no haber ido al Caribe con las chicas, y mucho más de que le hubiesen mandado a hacer un trabajo de fotógrafo principiante. Había confiado en poder tomar las fotos en un par de horas y volverse el mismo día para Barcelona a que Tamara, su novia, le consolase.

El sofoco en el bar del hotel era tal que Daniel decidió irse a dar una vuelta a ver si encontraba otro bar más interesante, o al menos con música de este siglo, por mucho que le habían asegurado que el del hotel Europa1 era el mejor del pueblo.

El aire amenazaba tormenta. Traía aroma de algas a medio pudrir y la sal se le clavaba con saña en las mejillas, irritándole la piel. Se arrepintió de no haber reservado una habitación en el hotel. Luego lo pensó mejor y supuso que probablemente no tendrían más que dos o tres clientes. Le daba rabia pensar que no le iba a quedar más remedio que quedarse a pasar la noche. Y si había tormenta, tampoco podría tomar las fotos al día siguiente. El mar estaría revuelto, la playa echa un asco... Se sentía atrapado, encarcelado. Lo mejor sería cancelar y largarse con viento fresco.

El pelo se le estaba enredando en la sal que traía el viento y ni siquiera llevaba una gomilla para atárselo. Con cada paso se estaba poniendo de más mala leche. No se veía nada abierto ni una sola persona por la calle. Qué asco. Aún debía estar todo el mundo trabajando. Pero, ¿trabajando de qué?, hervidero de parados. Por muy poca gracia que le hiciera, tendría que salir al paseo marítimo si quería encontrar algún sitio donde le sirviesen algún vodka.

Tras un rato sorteando peces muertos que el mar había lanzado al paseo, adornado con flores marchitas, por fin encontró un sitio donde incluso habían cuatro hombres jugando con el semblante serio a las cartas, como si de jugadores profesionales se tratase. A lo mejor lo eran. Saludó con un cordial “Buenas tardes” y le respondieron amablemente, casi al unísono. El camarero hacía como que se entretenía sacando brillo a los vasos, mirándolo de reojo. “¿Un café?”, le preguntó. El forastero tenía otra cosa en mente, pero la pregunta fue tan asertiva que no le pareció adecuado contrariarlo, por lo que movió afirmativamente la cabeza. “Con una copa de Johnny Walker”, añadió como en un pensamiento posterior. El camarero lo miró inexpresivo sin juzgarlo y se dispuso a prepararle el café.

El bar era como un bar de pueblo de los que se pueden encontrar en cualquier sitio y de los que Daniel solía huir como alma que lleva el diablo. Tenía las paredes de un color parecido al blanco

pero que no lo era; cuadros, fotos, cerámica andaluza, lamparitas que no debían funcionar, mesas de madera de la posguerra. Baldosas antiguas de motas grises que querían parecer imitación de granito y que no lo conseguían ni remotamente. Olor a humo rancio de tabaco negro o de liar y a coñac barato.

La partida se jugaba en el más estricto silencio. El único sonido provenía del viento que se colaba por las rendijas de las ventanas y de las cerillas que encendían cigarrillos constantemente. El fotógrafo había intentado llamar a su novia por lo menos siete veces, pero el móvil no le daba línea, aunque le decía que sí tenía cobertura.

A eso de las seis y media un jeep que parecía recién sacado de una película sobre Rommel paró justo delante de la puerta. Una mujer de buen cuerpo pero de poca feminidad se bajó de él y entró en el bar. Se quitó el ridículo sombrero de safari y lo dejó en la barra del bar tras desempolvarlo sin ningún miramiento. El camarero ya le estaba sirviendo un güisqui con mucho hielo. Desde la mesa de las cartas, sus cuatro ocupantes le lanzaban miradas tentativas a las piernas. Ella se dio cuenta y exhibió un gesto exagerado de impaciencia.

Al fotógrafo le vino bien el entretenimiento. La mujer tenía pinta de maestra de escuela solterona. Cuando volvió del servicio, todavía con la cara y las manos húmedas, le lanzó una mirada directa. Por un segundo se sostuvieron las miradas. La de él observadora, sin más. La de ella seca, de cortafuego. Cuando llegó a la altura de la barra, se dirigió directamente hacia su güisqui, ignorándolo a propósito. Le pareció entonces diez años más joven de lo que primero había supuesto. La multitud de arrugas alrededor de los ojos incluso le daban un aspecto extrañamente juvenil. Una tortillera marimacho, sin duda.

Al cabo de un rato ella preguntó en voz alta si alguien se había dado cuenta de que no había ni un perro ni un gato ni un pájaro ni una hormiga por la calle. Desde la mesa, el más rechoncho contestó que los animales eran listos, que olían la tormenta aproximarse, que se habían escondido antes que las personas. El de la nariz larguirucha que estaba a su izquierda dijo que bah, no habría tormenta, que pasaría de largo. Al cabo de un segundo, como pensativa, la mujer dijo que había algo extraño en el aire, sin darse cuenta de que su tono sonaba preocupado. El rubicundo contestó de nuevo diciendo que era viento del Atlántico que se había colado por las Columnas de Hércules. Todos, incluso el camarero, contestaron exhalando humo de sus cigarrillos con un gesto afirmativo.

Ahora que el silencio se había roto un poco, Daniel aprovechó para acercarse a la barra a pedirse otro Johnny Walker. A pesar de que la barra tenía al menos siete metros de longitud, fue a situarse justo al lado de la mujer. Estaba acostumbrado a dejar sentir su presencia. Que le ignoraran no era una opción. Estaba aburrido, incomunicado y aquella era la única mujer disponible en todo el pueblo, por muy tortillera que fuese. Le pidió al camarero que le pusiese otro y, mirándola directamente le preguntó dónde se podía cenar. Ella siguió con la mirada fija en el vaso, sin responder. El camarero le dijo que esa noche habrían pocos sitios abiertos, que era mala época del año para comidas. Que los restaurantes y bares abrían para la temporada de turismo, Pascuas y verano; o bien para la época de las cosechas. Que a lo mejor tenía suerte en el hotel Europa 1.

Como si el desplante fuera a sentarle mal. Empezó a hacer preguntas a cerca de qué tipo de turistas solían venir, desde cuándo se dedicaba el pueblo al turismo, de qué más se vivía, etc, etc. Cuando el tono de las respuestas ya le dejó en claro lo impertinente que pensaban que era, entonces se sacó el rey de tréboles de la manga y les contó que era fotógrafo y periodista y porqué estaba en el pueblo. Tuvo un efecto inmediato y se congració con todos, incluso a la mujer se le escapó una sonrisa. Aprovechó para preguntarle en un susurro, cómo que no había dicho nada, si había tenido un mal día en la oficina. Ella se rió a carcajada limpia. Tardó un rato en explicarse, después de haberle repetido la frase al camarero, que se rió como si de un chiste se tratase. Incluso los de la mesa, que seguían con su partida como si nada, se reían entre dientes. Dijo que por lo menos los clientes no se le quejaban. Era arqueóloga. Estaba haciendo unas excavaciones en el cementerio porque había documentación de que en el mismo lugar se hallaba un cementerio cartaginense, posiblemente enterrado un par de metros más abajo.

El camarero movió la cabeza de un lado para otro diciendo que era mala cosa. Ella respondió con un apenas perceptible gesto de ladeo de cabeza que el hecho que hubiese tantas supersticiones

corroboraba que estaba tras la pista buena. A su expresión interrogativa, ella respondió que las comunidades guardaban celosamente su pasado mediante silencios. Cuando algo se callaba mucho, por mucho tiempo, es que guarda secretos dignos de descubrir. Daniel dijo que el tiempo lo distorsiona todo. “Es la esencia que trae el viento lo que cuenta”, respondió enigmáticamente la mujer.

En ese momento, las puertas del bar se abrieron de par en par y el aire trajo bolsas de plástico, colillas, polvo y un poco de todo. Dos de los hombres consiguieron cerrar la puerta con mucho esfuerzo y, al terminar de atrancarla, las puertas del servicio único se abrieron como si hubiesen explotado. Los seis, excluyendo a Daniel, se dirigieron a asegurar que todas las puertas y ventanas estaban cerradas a buen recaudo.

Cuando lo consiguieron, el viento pareció que hubiese dejado de soplar del todo y el aire se hizo más denso. Sintieron la humedad antes de oír la lluvia mediterránea golpearlo superficies con exhibicionismo. Los rostros de los hombres estaban sudorosos y miraban a sus alrededor como si el viento hubiese traído algo que no pudiesen ver.

Daniel, respirando con dificultad, se disculpó por haber sido demasiado lento para reaccionar y ofreció una ronda para congraciarse. Se aceptó la ronda con rostros taciturnos y bebieron en silencio por un rato, cada uno perdido en sus propios pensamientos. El viento parecía arrancar hasta los árboles.

Al cabo de un buen rato ya casi nadie tenía hambre. Alguno sí, pero la idea de salir del bar para irse a casa parecía peor que pasar hambre. Así que se decidió unánimemente llenar los estómagos con unos tragos más. Juan Antonio, que así se llamaba el contendiente de patillas y camisa a cuadros rojos, había intentado llamar a su mujer, pero el teléfono no daba señal. Tras muchos intentos empezó a cagarse en el mar, en la madre del que inventó el teléfono, en el vecino que seguro que se estaba tirando a su mujer y en el hijo de puta del dueño del bar, por no servir cenas como Dios manda.

Ese arranque pareció ponerlos de mejor humor y la conversación se reanudó de forma bastante amena. Terminaron por sentarse todos en la misma mesa y cambiar el juego de cartas para incorporar a las tres nuevas adiciones. Para las once de la noche ya estaban tragándose un tanganillo cada vez que perdían una partida, aplaudiendo y exclamando vítores con cada carta que sorprendía a los contendientes.

Daniel no se lo había pasado tan bien desde hacía tiempo. Últimamente parecía que cada vez que quedaba con sus amigos o la gente del trabajo, o los amigos de Tamara, se pasaba el tiempo compitiendo. Quién tenía el mejor móvil, quién tenía el coche que corría más. Quién habría estado de vacaciones en el sitio más original. Quién ligaba más. Quién obtenía más beneficios del trabajo. Ahora se sentía relajado; no relajado como después de un masaje, o de la sauna, sino a gusto consigo mismo, parte de lo que le rodeaba, sin necesitar de pretender. Incluso Mónica le hablaba ya. Era de Santander y llevaba diez años excavando por las tierras áridas de España en busca de reliquias anteriores a Cristo y el polvo todavía no le daba alergia. Hacía tiempo que no conocía a nadie que aguantase una relación basada más en el teléfono que en el tacto personal y asumía que seguiría así mientras tuviese que trabajar sola en pueblos donde la gente de su edad hacía tiempo que se había casado y marchado a otra parte. Tenía un brillo en los ojos que decía que era capaz de reírse a carcajada estomacal, pero nada más de ella hacía entrever que tuviese sentido del humor a que supiese coquetear.

A Juan Antonio le parecía extraño que ni su mujer ni la mujer de Rogelio, el rechonchón, hubiesen ido a buscarlos al bar a cantarles las cuarenta y a llevárselos a casa de los pelos. Mónica tenía razón, ni los perros se atrevían a salir a la calle. Ya regresarían en cuanto el vendaval amainase. Aún era pronto.

El fotógrafo creyó ver sombras humanas a través de las ventanas. Pensó que serían algunos hombres que saldrían de otro bar, camino de su casa. Recordó que no había reservado habitación en el hotel y de que no tenía donde quedarse. Le preguntó a Mónica si se alojaba en el hotel pero ésta le hizo saber que tenía una casa alquilada. Se disculpó de inmediato, al notar las miradas maliciosas de los otros hombres, diciendo que sólo quería saber si el hotel tendría las puertas abiertas por la noche

o alguien de guardia, si le sería fácil que le diesen una habitación a esas horas. Se acordó de su BMW, que lo había dejado en el paseo marítimo y se preguntó si no debería moverlo a una calle más cercana.

Le estaba contando a Mónica, a todos, pero su mirada se dirigía casi exclusivamente a ella, los inflados pormenores del reportaje que debería promocionar al pueblo turísticamente, para seguidamente preguntarle si había descubierto algo en las excavaciones que pudiese utilizar para darle más bombo al reportaje. El silencio incómodo y las miradas esquivadizas dieron paso a las palabras medidas en una voz apenas audible que Mónica desgranaba.

En otra cultura, otra época, cuando los intereses personales se difuminaban en cuanto entraban en contacto con intereses más elevados, como la patria, el orgullo de un pueblo, el honor, dios, el legado divino..., aquellos hombres lo sacrificarían todo por un interés más elevado que el que consideraban propio. Las mujeres enviarían a sus hombres y a sus hijos al sacrificio por una gota de ese honor. Daban por sentado que ese era su deber, y oponerse era incuestionable. Algunos de esos hombres, probablemente un centenar, volvían derrotados de sus encuentros con los romanos. No había posibilidad de reagruparse ni de encontrarse con refuerzos. Volvían a su patria con los hombros caídos, vivos, sin ningún botín ni hazaña heroica que ofrecer. Era una vergüenza, una deshonra como no podemos imaginarla hoy en día. Recuerda a los soldados norteamericanos volviendo vencidos de Vietnam y a sus compatriotas tirándoles piedras, insultándolos, despreciándolos, y multiplícalo por cientos. A aquellos soldados, sin capitán ni líder de relevancia alguna devolviéndolos a su reino, les esperaba una vida similar a la esclavitud más deshonrosa. Cualquier ansia de prosperidad se había visto truncada, sus hijos serían humillados como a los hijos de cobardes y traidores, sus mujeres repartidas al mejor postor, sus tierras y propiedades saqueadas. En Arenas de la Torre se habían detenido, esperando poder encontrar la forma de embarcarse prontamente para Cartago a aceptar su destino. Tras numerosos debates, desconcierto y desbordes de locura, algunos de los soldados se dieron a costumbres de infieles. Dígase de copiosas ingestiones de alcohol. Ya he encontrado pruebas de ello en vasijas con inscripciones árabes enterradas en el mismo lugar y que datan de la misma época. Hubo peleas terribles y algunos perecieron en ellas. Parece ser que hubo un suicidio colectivo al estilo de Numancia, en el que mujeres de la antigua aldea que habían estado copulando, voluntaria y forzosamente, con los derrotados soldados cartagineses fueron invitadas u obligadas a tomar parte e inmolarsse. Esos son los datos más o menos comprobables o a comprobar, por el momento. Lo demás son leyendas.

“Por ahora”, murmuró Ernesto, el más callado y menos sobrio de todos.

Daniel, a quién los rostros ya se le emborronaban más de la cuenta, puesto que había estado perdiendo partida tras partida, mayormente debido a su incapacidad para contar cartas y memorizar las ya usadas en la mesa, se iba picando de curiosidad y quería saber de la historia que encerraba aquel pueblo aparentemente simplón. Se encontraba a gusto con la compañía. Le recordaba a algo aunque no sabría decir qué.

Las luces llevaban rato parpadeando esporádicamente. Fermín, el camarero, fue a buscar cirios de misa, por si acaso. Mientras se perdió por la trastienda, el fotógrafo aprovechó para preguntarle a los otros dos hombres si estaban casados. Aunque Mónica había dicho que hacía tiempo que los hombres no le duraban, quería saber si tendría a alguien esperándola en esos momentos. Se dio cuenta entonces de que, si le llegaba el turno de confesar su vida privada, cosa poco probable porque nadie se había manifestado intrusamente en su vida privada hasta aquel momento, mentiría y negaría la existencia de Tamara vilmente, tres veces si era preciso. Lo más hablaría de ella como de una ex novia, obsesionada con plancharse el pelo y con ropas y restaurantes de diseño, algo que le fascinaba de ella pero que le parecía insulso y superficial en las presentes circunstancias. Al lado de Mónica, una mujer con conocimientos, con un atractivo a lo grunge, una mujer de pies y manos en el suelo... Una idea le cruzo la mente entonces, que hizo que Fermín le preguntase maliciosamente a qué venía esa sonrisa mientras dejaba los cirios en el centro de la mesa. Fermín se quedó sin respuesta porque, tan pronto como los cirios tocaron la mesa, las luces se apagaron y el rugido del viento se intensificó. Al otro lado de la calle se podía ver el resplandor de luces que aún perduraban en otras viviendas, por

lo que el buen humor de los presentes les hizo concluir que el apagón era solamente un parpadeo de las luces, un tanto más prolongado.

Nada. Las luces no regresaban. No sólo eso, sino que las luces del vecindario se apagaron en el mismo instante en que las velas se encendieron. El fotógrafo preguntó, primero pensó que para sí solamente, si esos apagones serían normales en aquella zona. El que Ernesto le respondiese que normales no, pero que alguna vez pasaba, le hizo preguntarse, ésta vez si para sí mismo, si su tono habría dejado entrever lo que pensaba de aquel pueblo.

Las luces de las velas, que parpadeaban con el viento, hacían ver sombras donde no debía haberlas y movimientos donde todo estaba inmóvil. El frío de la noche se había colado por todas las rendijas e incluso al más rechoncho y fortachón le daban escalofríos. Intentaron retomar la conversación, que les salió a trompicones. Cada vez que alguien ofrecía un comentario a la mesa se encontraba con respuestas exiguas. Los gorgoteos de estómago, mezclado con los golpes del viento en las ventanas, eran los sonidos más pronunciados.

Daniel presentía que algo se callaba entre sus compañeros de juego. Pensaba que, en el fondo, nadie se fiaba de él. Estaba acostumbrado, era una reacción común a todos los periodistas, por eso resultaba difícil hacer amigos fuera del gremio. Al fin y al cabo, le habían incluido debido a las circunstancias. Hubiese sido extraño dejarlo a él solo en un rincón. Lo que tenía de extraordinario era que Mónica los hubiese comenzado a mirar con un cierto recelo. Normal que una mujer sola entre tanto hombre se sintiese inquieta. Pese a que ella no se la veía de las que se amilanasen ante ese tipo de casos. Era una mujer atractiva, en una profesión de hombres. Se le notaba que estaba acostumbrada y que sabía arreglárselas perfectamente. Era algo diferente. Algo casi imperceptible había cambiado en los hombres. Qué, no sabría decirlo. Lo que sí le advertía su instinto de periodista era que, las inhalaciones cortas que apenas llegaban a los pulmones eran un signo de estar esperando a que algo pasara, y no necesariamente algo que fuese bienvenido. Algo que, además, se callaban. Mónica se había dado cuenta, sin duda. Aunque podría jurar que ella no sabía lo que era, puede que sí tuviese más idea de por donde iban los tiros, ya que los conocía, conocía el lugar y a sus gentes. Deseaba estar un minuto a solas con ella para poder preguntarle, pero no veía cómo.

Había un brillo extraño en los ojos de Juan Antonio, que bien podía ser a causa del vino, o no. Decidió tentar a la suerte y esparcir preguntas a ver que recogía. Preguntó, así cual cosa, si esa noche era algo especial en el pueblo, alguna festividad religiosa, tradición, qué sé yo. Las reacciones de sorpresa podrían pasar por algo natural ya que no había ni banderines ni indicios de ningún tipo. Las apresuradas respuestas negativas le hicieron pensar que había dado en el clavo nada más empezar, de lo contrario hubiesen habido risas, explicaciones y datos. Nadie elaboró mucho. Pensó que sí, que esa noche se debía conmemorar algo, algo no muy bueno. Mónica miró a los hombres con curiosidad. No hizo ningún gesto de preocupación, a pesar de que era evidente que el detalle no se le había escapado.

Daniel quiso disimular por un rato, antes de atacar con otra pregunta de su interés, e inició una conversación frívola interesándose por las festividades más renombradas de la localidad y comparándolas con otras de otros lugares. Un aire frío se colaba por las rendijas de la puerta que daba al trastero. Se fijó en que Ernesto no le quitaba ojo a la puerta.

La mujer, medio divertida, contaba historias de como poblaciones de la antigüedad, desconocedoras todavía de la atmósfera y el clima, vivían temerosas de él y le daban poderes divinos. Una tempestad era sinónima de la furia de los dioses, que se achacaba a cualquiera que hubiese sido la última acción de cierta relevancia que hubiese tenido lugar en la villa. La lluvia, tras un tiempo de sequía, era un premio. Los temblores de tierra eran una amenaza que debía apaciguarse con un sacrificio, por lo general de vírgenes hermosas, que solían ser el objeto de codicia de los hombres, por lo cual se sentían culpables y dignos de castigo. Bromeó diciendo que entonces ella no tenía miedo de que la sacrificasen.

Definitivamente había dado en el blanco. No por lo de las vírgenes ni su sacrificio, ya que podía ver que les estaba tomando el pelo. Sí quizás por el sacrificio. ¿Creerían que el mal tiempo debía aplacarse de alguna manera que requiriese su acción personal? Poco probable. Más bien parecían tensos de que algo inmediato fuese a suceder. Nada terriblemente extraño ahí. Tendrían tierras que

seguramente amanecerían malamente afectadas, nadie se atrevería a salir a pescar esa noche, o temerían por sus antenas parabólicas, o sus coches, vete a saber. A él el suyo no le preocupaba excesivamente. Si algo se le rompía, lo reclamaría a la revista.

Quería acostarse con Mónica. Eso ya lo tenía claro. No porque quisiese una conquista más o porque ella supusiese un reto. No, no era tan crío. Había una esencia en ella que le invadía, quería ser parte de esa aura. A parte de la información que había ofrecido voluntariamente casi al principio de la conversación, muy poco contaba de sí misma.

Les pareció oír voces en la calle aunque no llegaron a distinguir las palabras. Daniel pensó que alguien se levantaría a ver si eran almas en pena que necesitaban refugio. Cuando vio que todos miraban a sus respectivos vasos con semblante apesadumbrado, se levantó él mismo. Ernesto le cogió del brazo, con la mirada fija en la silla de Daniel, como indicándole que se sentara. Se dirigió a la ventana más próxima de todos modos. Al ver sombras humanas en la calle, lo comunicó a los otros, que trataron de disimular un temblor. La expresión de Mónica no dejaba entrever sus pensamientos, como si tratase de dominar sus músculos faciales a propósito. Alguien dijo que era el viento, que las sombras de la noche engañaban. Ni que decir que la insinuación de que no sabía lo que se decía le sentó como una bofetada y se dirigió en dos zancadas tambaleantes a la mesa donde se hallaban sus camaradas a pedirles explicaciones.

Se miraron los unos a los otros. “Mira, en noches de viento así, las leyendas salen a la calle y, si uno no se anda con cuidado, se le meten en la cocina. Así que mejor dejarlas estar”

“Pues aquí no hay cocina”, resopló Daniel. “No sé a qué viene esta actitud. Ahí hay gente que necesita un refugio”

“Seguramente serán inmigrantes moros que no se tomarían muy a bien codearse con unos borrachos como nosotros. Déjalo estar, Daniel. Si quieren algo ya lo dirán”, Mónica le hablaba como si hablase con un niño pesado.

“Aquí no entra nadie más esta noche”, dijo Fermín con gesto furibundo.

-“¿Por qué? ¿Hay algún problema con los inmigrantes marroquíes de la zona o qué?”

“Aquí no hay inmigrantes”, contestó Ernesto tajantemente.

“Entonces, ¿a qué se debe tanta cautela?”

“A que no sabemos qué es lo que hay ahí fuera”, venturó Rogelio.

“¿Cómo?”

“Que desde que la señora esta, destripadora de terrenos, se ha puesto a escarbar, las sombras de la noche tienen más mala leche que nunca”, rugió el camarero.

Daniel miró a Mónica con gesto inquisitivo.

Mónica se encogió de hombros. “Yo no creo en ese tipo de leyendas, pero cosas pasan y no quiero ir contracorriente. Cuando el viento trae el olor del mar con arena de otras playas, busco compañía y bebo. Mañana seguro que habrá sangre en las excavaciones y al tocarla se deshará. Pero en las fotografías sí sale.

“¿Sangre de qué?”

“Todavía no lo sé”

“¿Qué me estás contando?”

“Que se siente, coño. Y que espere a que pase la noche”, Ernesto estaba cada vez más nervioso.

“Entonces, ¿cómo es que no están preocupados por sus mujeres?”

“Las mujeres están en misa”, dijo Juan Antonio de forma autoritativa, como si pobres de ellas que estuviesen en otro sitio.

“¿A estas horas?”

“Seguro. Ellas tienen sus maneras”

En eso, el rostro desfigurado de un hombre se estampó contra la ventana enfrente de Daniel, que dio un salto horrorizado. La boca abierta como queriendo respirar a través de la ventana. Los ojos vacíos. La carne de apariencia líquida. La cabeza y las cejas peladas.

Ernesto cerró los ojos y bebió con sed.

“El truco está en no mirarles a los ojos, en no indicar de ninguna forma que se les ha visto. Mañana nadie lo podrá confirmar”, aseguró Rogelio.

“Pues yo ya lo he hecho. ¿Y ahora qué? ¿Me voy a tener que pelear con los fantasmas o qué?”, muy a su pesar el forastero se iba acojonando.

“Mejor se sienta usted calladito a la mesa, sigue tomando y juega otra partidita”, ordenó Fermín con voz muy paciente y muy clara.

Más rostros se asomaron a la ventana. El escepticismo inicial de Daniel se le iba derritiendo con los sudores.

Un sonido lejano fue ahogando el quejar del viento. Un cántico que se iba acercando. Por los ojos abiertos más allá de lo naturalmente posible supo que sus colegas no tenían ni idea de qué eran esos cánticos y que se habían visto tan tomados por sorpresa como él mismo.

No eran los únicos. Los rostros del otro lado de la ventana se habían vuelto, sincronizadamente y al ralentí, hacia el extremo de la calle desde donde venían los cánticos góticos. El cariz de la noche se iba tornando de fastidioso a espeluznante.

Lo que Daniel vio aproximándose se asemejaba tanto a un espejismo que ahora era él el que abría los ojos desmesuradamente. Una procesión católica al más puro estilo tradicional andaluz se acercaba encabezada por el cura, que alzaba una pesada cruz dorada de un metro y medio de longitud e iba flanqueado por varios monaguillos. Las mujeres del pueblo lo seguían con las cabezas cubiertas con pañuelos oscuros atados al estilo campesino y rosarios enredados en las manos.

Las Sombras de la Noche echaron un par de pasos hacia atrás, levantado las manos como para protegerse los ojos vacíos de un resplandor que sólo ellos podían percibir. Daniel presenciaba la escena como hipnotizado, con una corriente eléctrica recorriéndole las venas. A pesar de que mantenía los ojos fijos en la calle, podía sentir la presencia tras de sí de los otros, estupefactos, olvidados de respirar.

A medida que la procesión se acercaba a las Sombras, éstas mostraban signos más patentes de desconcierto y vulnerabilidad. El cántico parroquial se interrumpía con los sonidos guturales que provenían de aquellos seres que, a medida que se exponían al escrutinio del fotógrafo iban perdiendo sus rasgos humanos. Las mujeres que seguían al párroco llevaban en sus rostros una expresión determinada, valiente, de aquel que ha perdido la paciencia y lo echa toda la carne al asador, del que ya no teme qué puede perder, o del que sabe que ha llegado su turno de poner las cosas en su sitio.

Al comprobar que los cuerpos sin alma de las Sombras se echaban hacia atrás y estaban a punto de batirse en retirada, Mónica se echó hacia delante, estampando las manos contra la ventana. Ante el ruido que esto causó, las Sombras se volvieron hacia la ventana, miraron a Mónica, miraron a la procesión que se les echaba encima, miraron nuevamente a Mónica, miraron a la procesión, indecisos, como queriendo resistir, mantenerse en su sitio, pero inclinados a arrastrarse a un lugar más seguro.

Mónica se estampó con todo su cuerpo contra la ventana a lo que las Sombras reaccionaron inmediatamente, reagrupándose y creciéndose, como alargando su cuerpo, como si aquel gesto de la arqueóloga les hubiese impregnado de una fuerza mucho más potente de la que exhibían hasta entonces. Los hombres la miraban atónitos, incapaces de creer lo que sus subdesarrollados instintos les indicaban, que había una conexión de algún tipo.

La procesión avanzaba, lenta, premeditadamente. Las Sombras avanzaban, torpemente, indecisas. El choque era cuestión de segundos. El cura agarró la cruz con los codos inclinados, como si estuviese dispuesto a blandir la cruz a la que había hecho innumerables promesas del modo que fuese necesario para repeler a los intrusos. Los monaguillos mostraron los dientes, pareciendo ahora un par de pandilleros macarras en lugar de devotos católicos. Otros adolescentes se adelantaron, ansiando pelear en la que zambullir su recién estrenada sobredosis de testosterona.

Daniel tuvo que volverse a mirar a los hombres esperando una aclaración, una guía acerca de cómo debía comportarse. Ninguno mostraba signos de intentar salir a la calle, excepto por quizás Fermín, a quien casi le salía humo por las orejas. Los otros estaban muertos de terror, como en trance.

En el mismo momento en que el choque parecía más que evidente, la mujer comenzó a golpear la ventana con sus manos, utilizando todo su cuerpo para darse más empuje, como si hubiese entrado en un estado de frenesí; lo que parecía inyectar una energía peliaguda en los seres. Las mujeres de la procesión se veían concentradas en sus rezos, como si el sólo poder de las palabras fuese a bastar

para deshacerse de aquellas sombras a punto de convertirse en fieras. El cura, con toda su fe, seguía por si acaso blandiendo la cruz, dispuesto a estampársela a la primera sombra que se pusiese farruca.

A un grito primitivo de una Mónica ya apenas reconocible, las sombras se tornaron guerreras y saltaron al encuentro de los creyentes. El sacerdote la emprendió a garrotazo limpio con la avanzadilla y los monaguillos usaron sus portacirios alargados a modo de lanzas, ensartando a sendos atacantes. Algunas mujeres se batieron en retirada, incapaces de hacer frente a lo que se les caía encima. Otras, más bravuconas, acostumbradas a una vida exigente y dura en el campo, disfrutaron de por fin tener la oportunidad de ahostiarse a puñetazo limpio con fantasmas del pasado de los que ya estaban hasta el moño. Los pocos adolescentes de los que contaba la procesión adelantaban la cabeza y los puños con ganas.

Rogelio, que había conectado el frenesí de Mónica con el ataque de las Sombras, la había agarrado por la cintura y tirado al suelo. Ahora estaba encima de ella intentando sujetarla y hacerla callar. Mónica chillaba como un cerdo al que arrastran al matadero, sudorosa, lanzando manotazos a diestro y siniestro, como si fuese presa de un ataque esquizofrénico. Fermín se había perdido en la trastienda y se le oía trajinar, como si buscase algo apresuradamente. Juan Antonio y Ernesto tenían los ojos pegados a la ventana, atentos, serenos, sobrios. Daniel se preguntaba si lo que tenía lugar fuera del bar no sería una especie de enactación de las fiestas de moros y cristianos de Alicante, sin creérselo mucho.

La batalla se había tornado campal y las Sombras no respetaban el derecho fémico a no ser aporreadas y vapuleadas por llevar falda. Éstas no se quedaban cortas a la hora de repartir mandobles y los acuchillaban directamente en los ojos, de los que salía un líquido blancuzco que podría ser cualquier cosa. El sacerdote sudaba lo suyo sin andarse en benevolencias, asestando golpes de fe a tantas Sombras como le era posible. A uno de los monaguillos lo habían agarrado entre varias Sombras, que se lo llevaban a rastras hacia el centro de su grupo, arrancándole la carne a mordiscos.

Daniel dejó de hablarse a sí mismo en voz baja y les preguntó a Juan Antonio y a Ernesto si no deberían intervenir. Éstos lo ignoraron, demasiado atentos a los eventos que tenían lugar frente a sus ojos. Varias mujeres parecían haber perdido la batalla y, con los ojos fuera de órbita, como hipnotizadas, se dejaban arrastrar por las Sombras sin oponer resistencia. Al sacerdote lo tenían ya rodeado, casi agotado, en una batalla perdida, cuando Fermín salió de la trastienda tras haber encontrado lo que buscaba. Se dirigió directamente a la puerta principal y la abrió de par en par, disparando acto seguido un tiro hacia ninguna parte. Al mismo tiempo, dos Sombras se lanzaron como catapultadas contra la ventana en la que Juan Antonio y Ernesto habían estado un segundo antes, atravesándola sin dificultad, rodando hasta el centro de la estancia. Cuando se pusieron en pie, a pesar de su poca estatura, sus ojos vacíos intimidaban hasta la sumisión. A Rogelio apenas le dio tiempo a cubrirse con sus manos. Le arrancaron la cabeza en un suspiro.

El disparo de Fermín había sido como el escopetazo de salida. Hombres de casi todas las edades comenzaron a aparecer desde los callejones más insospechados, armados de hoces y machetes, escopetas de caza y ganchos de colgar reses muertas. Se abalanzaron hacia las Sombras y la verdadera carnicería dio comienzo.

Mónica, libre de su captor y de sus apariencias iniciales, se puso al frente, alentando a aquellos seres del pasado a los que pretendía revivir para cambiar el curso de la historia. El objetivo parecía ser el cura, al que se negaban a atacar con todas sus fuerzas, especialmente ahora, en que les llovían tiros desde todos los costados. Las balas extraían de aquellos cuerpos la misma materia blancuzca que habían expuesto antes las cuchilladas de las mujeres en sus ojos. Las hoces y machetes dañaban a cuantos podían, que se retiraban a un segundo plano para ser reemplazados por otros seres aún más fieros.

Daniel se había refugiado tras la barra del bar, intentando pasar desapercibido, o rogando que al menos se distrajesen con presas más al alcance de sus fofos miembros. Al no conseguirlo, la emprendió a botellazo ciego. Las dos Sombras que habían liberado a la mujer, que Daniel creía debían ser dos de sus mejores guerreros, habían salido fuera a cubrir sus puestos y otras dos Sombras los habían substituido. Al forastero no le quedó más remedio, una vez dedujo que el lanzamiento de

botellas no tendría mucho futuro en aquella competición por la vida propia, en aceptar que lo mejor sería encender los restos de alcohol derramados y aprovechar la confusión para salir pitando hasta su coche. Como plan no estaba mal. ¿Cómo cojones iba a hacer que su mechero alcanzase el coñac a cierta distancia? La respuesta le vino instantáneamente, encendió el trapo con el que Fermín sacaba brillo a sus vasos tan vehementemente y lo lanzó hacia el primer charco que vio. El efecto fue inminente. Las Sombras se cubrieron los ojos en una reacción asustada, parecieron palidecer aún más cuando vieron qué provocaba el resplandor y, anonadadas, se dirigieron hasta las llamas para consumirse sin un sonido de protesta.

A Daniel le vino justo para llegar a la puerta. El cuerpo sin vida, y sin cabeza, de Ernesto casi le hizo perder pie. Delante de sí, los horrores parecían demasiados para que pudiese asimilarlos. Lo que entendía, a pesar de que se resistiese a creerlo, era que Mónica había, de algún modo incomprensible, quizás mediante artilugios de hechicera, revivir los cuerpos de los guerreros cartagineses que nunca habían estado muertos del todo, y ahora, con su ayuda, pretendía tomar el pueblo, posiblemente como etapa número uno o dos de una conquista más grande. O a lo mejor era que el experimento se le había ido de las manos. Ignoraba si los cuerpos de aquellos que yacían visiblemente muertos se despertarían a la mañana siguiente formando parte del ejercito de las Sombras. Le era difícil reconocer rostros o ver de donde venían los ataques porque la lluvia le cegaba y el viento lo desorientaba.

El fuego prendió rápido y ya apenas se contenía detrás de las ventanas cuando los humanos se veían con la batalla perdida y se apretujaban en torno al sacerdote como para ofrecerle protección, o como buscándola.

Una Sombra agarró al fotógrafo del brazo y lo arrastró hasta un portal donde dos Sombras más lo estaban esperando. Su instinto de fotógrafo que ha tomado instantáneas perfectas en las condiciones más adversas lo hizo revolverse justo a tiempo, endosándole un izquierdazo terrible directamente en lo que le quedaba de nariz. El segundo de desconcierto del ser apócrifo le bastó para soltarse y embestir a las otras dos Sombras. Advirtió cómo las Sombras se embrabuconaban a expensas de los lugareños casi al tiempo que advirtió como varias de las Sombras más cercanas al bar marchaban hipnotizadas hacia las llamas, sin detenerse a abrir las ventanas primero. Supuso que intentaban revivir su primera muerte y decidió darles una ayuda.

Corrió hacia la entrada del bar y se aseguró de ser bien visible, agitando los brazos con tanta energía como de la que era capaz al tiempo que gritaba incoherencias hasta que empezó a llamar la atención de los fantasmas. Tan pronto como fue descubierto, varias de las Sombras más cercanas se fueron aproximando sumisamente, con la suerte ya echada.

La sonrisa se borró de la cara del fotógrafo, que ya creía haber solucionado el enigma, cuando advirtió el odio en la cara de Mónica. La arqueóloga lanzó a varios de los guerreros que la rodeaban a atrapar a sus colegas, y ella misma, con la cruz que ya le había sido arrebatada al sacerdote, se dirigió hacia él, dispuesta a convertirlo en mártir en el acto.

Fermín y Juan Antonio se abrieron paso a culatazos, ya que las balas hacía rato que se habían agotado en la contienda. Daniel hizo amago de retroceder sin mirar hacia atrás y resbaló en los charcos que la lluvia iba llenando. Al caer agarró a uno de aquellos seres por el tobillo y lo empujó delante de él a modo de barricada. El caos se precipitó a lo bruto. Sombras avanzando silenciosa y pausadamente hacia el fuego que ya había prendido a las casas colindantes. Algunas mujeres todavía vivas aunque con pedazos de carne de menos se desperezaban anonadadas, somnolientas, obstaculizando los movimientos de quienes trataban de pasar por su lado. El cura y sus secuaces, a pesar de su agotamiento y sus dificultades para respirar, seguían retorciendo cabezas con más brío si cabe. Un par de adolescentes confundidos clavaban estacas en los pechos de Sombras ya moribundas, rematándolas. Las Sombras que todavía se resistían al embrujo de la hoguera intentaban detener a sus semejantes a toda costa, sin prestar demasiada atención a los hombres que peleaban contra ellos sin apenas causarles mucho mal. La elite de guerreros, divididos entre su apoyo por su líder y su afán por capturar al párroco.

En pocos segundos el fotógrafo ya tenía a Mónica encima de él, intentando aporrearle con la cruz sagrada. Al ver que él paraba todos sus golpes, intentaba una artimaña tras otra, un movimiento más

sofisticado que el anterior. Y pensar que hacía tan sólo unas horas Daniel había pensado que ella no era más que una tortillera madurita de las que ven culebrones por la tele mientras hacen ganchillo. Fermín y Juan Antonio querían proteger al fotógrafo pero bastante tenían ellos con defenderse de los golpes mortíferos de los guerreros más feroces. La arqueóloga intentaba ahora golpes de artes marciales que la rapidez de reflejos y fortaleza de gimnasio de su adversario apenas podían parar, distraído como estaba con una Mónica mojada, de unos pechos que sobresalían tentadores como manzanas de su camiseta chopada, con el agua resbalándole por el pelo y la boquita semiabierta para tragar aire.

Juan Antonio le gritaba algo que no podía entender. Luchaba contra el impulso de volverse a mirarle y el instinto de conservación que le obligaba a estar atentísimo a los movimientos de Mónica. Las mujeres, primeras víctimas en una batalla poco común en que los hombres las habían enviado a primera línea al frente para acudir después a rematar los desperfectos. A pesar de que Daniel sospechaba que la iniciativa había sido de ellas y a ellos no les había quedado más remedio que sacar cojones, con ganas o sin ellas.

Una señora bien entrada en carnes y con cara de muy mala leche agarró a Mónica del pelo, echándola hacia atrás. Momento que aprovechó Daniel perfectamente para dispararle un derechazo en la nariz con todas las fuerzas que le quedaban y que la dejó k.o. totalmente. A partir de ahí, los eventos se dispararon a una velocidad aún más extrema si cabe. Las Sombras se habían vuelto locas cuando vieron a su salvadora en el suelo y pelearon con más ahínco, negándose a continuar su camino a la hoguera. Oía voces desde los cuatro puntos cardinales que le pedían que asestara el golpe final o se los comerían vivos. Ciertamente, el cariz de la batalla había cambiado de rumbo. El puñetazo no había bastado para detenerla y tuvo que retorcerle la cabeza. Fue más fácil y rápido de lo que pudo haber imaginado. El resto fue rematando a las Sombras que quedaban y, para el amanecer, los hombres estaban sentados en la calzada bebiendo café caliente, meditabundos, sabiendo que iba a ser un día soleado y caluroso. Las ancianas de la localidad se afanaban en limpiar los restos de sangre de la calle mientras las mujeres repartían tiritas, esparadrapos, vendajes y betadine. Nadie hablaba excepto para quejarse de que el café no tenía bastante azúcar, o para comentar que en menudo estado estarían los campos.

Cuando el sol ya era un círculo dorado, Daniel se las apañó para enderezarse, poniendo hueso tras hueso y músculo tras músculo en su sitio. Se alejó arrastrando los pies sin pensar demasiado en nada, se metió en su coche, lo puso en marcha y se largó con viento fresco para Barcelona.

Al día siguiente todos los periódicos compartían una primera página similar. Afamado fotógrafo de nombre internacional era buscado por la policía nacional, la autonómica y la guardia civil. Dos noches atrás, mientras se encontraba en Arenas de la Torre, provincia de Almería, por motivos laborales, había conocido en un bar de la localidad a una arqueóloga que estaba realizando excavaciones en las cercanías, y a la que había asesinado retorciéndole el cuello brutalmente al negarse ésta a sus avances sexuales. Los testigos eran, al parecer, numerosos. Se urgía a todo ciudadano que conociese de su paradero que diese parte inmediatamente, pues se creía que se encontraba en estado mental de enajenación y era muy peligroso.